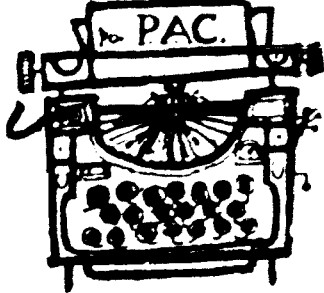


escrito a máquina

Sacramento del mundo



Hay actitudes y actuaciones que valen más que mil discursos o sermones.

Se habla mucho del testimonio del cristiano en el mundo moderno. Se habla. Pero pocas veces las palabras encarnan.

Esta semana, sin embargo, el Padre Mejía Vilchez —párroco de la Iglesia de la Merced de Granada— hizo evidente el Evangelio de la Caridad actual. Al acoger en el templo a los trabajadores del Hospital San Juan de Dios (quienes se habían impuesto una huelga de hambre con el objeto de lograr justicia) dio un ejemplo vivo —no de palabra sino de hecho— de una dimensión nueva y revolucionaria en el testimonio del amor cristiano. ¿Cuál fue esa dimensión nueva? —La de proteger con la sombra sagrada del templo un reclamo de justicia social. —Y ¿por qué revolucionaria? —Porque su intención fue favorecer y aún presionar un cambio a favor del necesitado. No es ésta ciertamente, la caridad que da limosna, sino la caridad que lucha porque el hombre no necesite de limosna.

“La Iglesia de Cristo tiene como tarea específica la de hacer a Dios transparente en la convivencia humana. Por eso la Iglesia es SACRAMENTO DEL MUNDO”. Sacramento, es decir, un signo visible. Ahora bien. Dios NO se manifiesta si no es a través del prójimo; por lo tanto la Iglesia debe ser un signo de esta realidad proximal, un testimonio de justicia y amor sobre todo con respecto al necesitado.

El testimonio de que Dios es Padre lo da el cristiano comportándose como hermano, haciendo posible la hermandad. Y ¿cómo se es hermano? —A tu hermano no le das tus viejos zapatos rotos o unas monedas sacadas de prisa del bolsillo, sino que le ayudas a levantarse, le metes el hombro, te cuidas de su dignidad y de su nombre. A tu hermano no lo tratas como a un criado, no lo obligas a callar y a obedecer sino que le escuchas. Dialogas con él.

Pues, entonces, ¿por qué algunos cristianos se escandalizan del “signo visible”, del gesto del párroco granadino? ¡Prohibir una huelga! ¡Darle cabida en un templo!! exclaman...

La palabra “huelga” tiene todavía un sabor subversivo para el pensamiento feudal y estancado que no concibe al empleado y al sirviente más que obedeciendo. El que está abajo debe acatar, dice esta clase de gente que a veces es hasta generosa pero que nunca es capaz de colocarse en el lugar o en la situación del prójimo y por lo tanto nunca es capaz de amar al prójimo como a sí mismo. Pero la Iglesia lo que quiere —en sus textos evangélicos, en sus encíclicas, en sus constituciones conciliares— es la hermandad humana, y la hermandad es diálogo y diálogo es, ante todo, OIR.

“El sistema político autoritario —dice Bollnow— se caracteriza precisamente por el hecho de no admitir el diálogo. Este sistema sólo reconoce el lenguaje como medio de dominación”. Es el lenguaje del Poder —que dicta— y de la Riqueza —que paga o compra. No el lenguaje del Amor.

Por eso —donde predomina el lenguaje dictatorial —la huelga de hambre es uno de los pocos modos de hacerse oír. La Iglesia, gracias a un párroco con verdadero sentido evangélico, comorendió esto y se hizo alta-voz de la demanda del pobre, logró que se le oyera, produjo el diálogo. Si para algunos es un escándalo que el Templo haya servido de altavoz del hambre, si para algunos es como un sacrilegio ocupar el lugar de Dios en un asunto humano, quiere decir que no sólo no hemos avanzado como cristianos en la proyección del Evangelio, sino que hemos regresado a las aberraciones del pueblo israelita, y sobre todo de sus sacerdotes, en tiempos de Cristo.

Cristo encontró en Israel una “iglesia” que se escandalizaba de sus curaciones y misericordias en el día Sábado. Creía Israel que cumplir con el Sábado era más importante que cumplir con el prójimo. Los sacerdotes del pueblo elegido habían “arrinconado” a Dios en el Templo y reducido su ley de amor al minucioso cumplimiento de prescripciones culturales. Cristo escandalizó curando en sábado para sobreponer al hombre sobre el sábado. (¡Un verdadero sacrilegio!). En su evangelio del juicio final “los BUENOS NO serán los que insistentemente buscaron a Dios en los templos, sino los que —aún sin saberlo— lo buscaron y lo encontraron en los hambrientos, los sedientos, los presos, los desnudos”. Cristo escandalizó llamando hipócritas a sus sacerdotes y jerarquías para dejar bien claro que “nadie puede pretextar una obligación religiosa o cúllica para omitir un servicio humano. En una palabra: Cristo levantó a la altura del amor a Dios, el amor al prójimo.

El sabía que la tendencia de toda organización religiosa —de todo clericalismo— es a cerrarse hierática y autoritariamente como se cerró el judaísmo. Por eso fue tan duro con es-

1 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

cribas y fariseos, para señalar claramente el peligro a su propia Iglesia. Las jerarquías de Israel no eran perversas. Pero al no reconocer a Dios en el prójimo endurecieron sus corazones y cuando se presentó Dios hecho Hombre no lo reconocieron. Creyeron que era un blasfemo y lo crucificaron.

La parábola viviente del párroco de La Merced fue cerrada con una frase de extraordinario alcance:

“La casa de Dios es la casa del pueblo”.

El Templo no es casa del Padre si no es también casa de hermanos.

PABLO ANTONIO CUADRA